

cereza. Teresa acudió en socorro de su timidez :

— Su madre de usted me dice que ha tenido usted la atención de traerme un recuerdo... ¡Muy simpático es tal pensamiento, Majencio!

El joven alzó la frente, y, por primera vez desde que entró en el estudio, sonrió. Tendió el paquete á Teresa, sin gracia, pero con tal expresión de alegría, que su cara vulgar resultó toda iluminada.

El paquete contenía un estuche, y éste, abierto por Teresa, dejó ver un mango de sombrilla de oro cincelado, adornado de esmalte, en un estilo moderno.

— Realmente, esto es muy hermoso, dijo el señor Dautremont.

— Esta rama de cardos enróllada... ¡qué original... qué bonito! ¿Y es usted quien ha hecho esto, Majencio? dijo Teresa.

— Á ello ha dedicado todas sus veladas durante un mes, replicó la señora Chretién. De día, no tiene tiempo.

— Majencio, repuso Teresa, estoy confundida. Me mima usted demasiado. Pero me alegra mucho el poseer esta obra de arte, y me enorgullece el que sea usted su autor, amigo mío. ¡Gracias!

De nuevo le tendió la mano; esta vez, el joven le dió francamente la suya, atreviéndose á mirarla, radiante de orgulloso triunfo.

Esta escena pareció impacientar un poco al señor Dautremont :

— Vaya, Teresa, te dejo; no olvides que te queda

justo tiempo para vestirme. Buenas tardes, señora Chretién; buenas tardes, amigo... Recuerde lo que le he dicho: nada de precipitación, so pena de agotamiento de fuerzas... Teresa, si tienes que comunicarme algo antes de la ceremonia, ya sabes que no salgo... No tienes más que hacerme avisar, en mi cuarto de trabajo.

Salió de la pieza saludando con la cabeza á la madre y al hijo.

De nuevo ostentaba Majencio su aire displicente.

— ¿Irá usted á la alcaldía, Majencio? le preguntó Teresa.

El joven sacudió su melena rubia :

— Usted perdone, pero no estoy libre.

— ¡Ah! creía yo que su principal le había dado asueto. Cuando menos, cuento con usted, mañana, en la iglesia...

— No sé si podré, contestó mirando al suelo.

— Vamos, trate de venir. Me gustará saber que está usted allí.

No contestó. Y, bruscamente resuelto :

— Adiós, señorita.

— Hasta la vista, Majencio. De nuevo las gracias, y felicitaciones.

Por tercera vez se estrecharon la mano, pero sin el calor del apretón de mano de antes. Majencio salió vivamente, cual si se escapara. La señora Chretién, que se quedó con Teresa, creyó deber excusar á su hijo :

— Es tímido, ya lo sabe usted... no puedo conse-

guir que se corrija. Y, además... ya lo sospechará usted... siente pena... Ha sido usted siempre tan buena para él... como una amiga de infancia.

— Lo quiero mucho, dijo Teresa.

— Así es que... de verla á usted casada... está como todos aquí, un poco triste... algo celoso.

Emocionada, Teresa atrajo hacia sí, por los hombros, el flaco cuerpo del ama de llaves.

— Entonces, le dijo fijando su mirada en la de la mujer, ¿es porque está usted algo celosa que la veo tan entristecida, á usted también, desde mi noviazgo?

Los ojos de la señora Chretién y todo su semblante se inmovilizaron, se volvieron impenetrables:

— Pues, naturalmente, señorita.

Teresa la abrazó:

— Yo, siento dejarla á usted; me contrista el separarme de usted. No es culpa mía si no quiere usted quedarse...

— Es preciso que la señorita sea dueña absoluta en su interior, dijo la señora Chretién apartándose suavemente de Teresa. Mi misión aquí ha terminado. Además, mi hijo necesita de mí. Pero, en este momento, no se trata de esto... Su traje está listo, señorita. Ya es hora de vestirse.

— Como usted guste, dijo Teresa, soñadora.

En el momento de salir del estudio, se detuvo unos segundos para decir:

— El señor Hountacque debe pasar por aquí antes de ir á la alcaldía. Mande usted que digan al ayuda de

cámara que le introduzca directamente en mi estudio. No recibo á nadie más.

Transcurrirán todavía siglos antes de que la Eva civilizada se desinterece de sus atavíos, ó que sólo les dedique momentánea atención, fácilmente distraída cual ocurre en los hombres. Teresa Dautremont, de alma tan seria y casi viril, no era indiferente al adorno de su cuerpo. Ann antes de conocer á Pedro Hountacque, en época en que, lejos de buscar la admiración masculina, más bien le molestaba, citábase su manera de vestirse, de peinarse; establecíase entre su modo de vestirse, y el de su hermana, francamente coqueta y frívola, un parangón mundano que no siempre concedía el triunfo á Susana. Desde que Pedro había entrado en su vida, el deseo de agradarle había avivado aún en ella el instinto femenino, el instinto ancestral de adornarse para seducir. No era Pedro uno de esos hombres para quienes una mujer gasta tiempo en balde en ataviarse: observaba, juzgaba, saboreaba la « toilette » como inteligente que era en el asunto. Por eso, el traje para el matrimonio civil no había sido aceptado sino con condición, únicamente cuando no tuviera defecto alguno; y he ahí por qué, desde por la mañana, dos obreras de una de las primeras casas de París, de las cuales una era « primera », estaban gastando ingenio, fuerzas, paciencia, en descoser, recortar, coser de nuevo y probar.

No fué inútil tal gasto de esfuerzo. Cuando Teresa, por fin cubierta del famoso traje, miró su triple ima-

gen reflejada en el triple espejo, un murmullo de admiración fué proferido por las cuatro mujeres allí presentes : las dos obreras, la doncella y el ama de llaves. Teresa misma sonrió. La falda, de azul claro, dibujaba el talle, las caderas, las piernas, según la moda del momento, que acusaba las formas femeninas, mientras venía otra moda que las disimulara... Una especie de frac á la francesa, con solapas, envolvía el busto y los riñones con una gracia á lo amazona. Los sombreros de moda eran inmensos, en espera de los minúsculos que no tardarían en imaginar los fabricantes. Todos aquellos caprichos de la moda favorecían la estatura de Teresa. Su real belleza entusiasmó á las que la contemplaban. La « primera » resumió la general admiración exclamando :

— ¡ Así vestida, la señorita parece una diosa !

Teresa sonrió, pareciéndole extraña por demás una diosa que de tal manera estuviera ataviada ; pero pensó : « Voy á gustarle, á él... »

Maravillosa influencia de los trapos sobre la Eva moderna : el minuto presente hizo olvidar á Teresa la grave preocupación que, poco antes, había angustiado su rostro en presencia de su padre.

« Voy á gustarle, á él... ¡ Qué victoria !... »

En aquel mismo instante, el teléfono interior sonó en el cuarto tocador. Gertrudis acudió, y volvió diciendo :

— El señorito Hountacque está en el estudio de la señorita.

— Quitenme mi sombrero, dijo Teresa. Hay que

bajar un poco la pluma del lado izquierdo... Cuide de que se haga en seguida ese arreglo, señora Christian...

— Bien, señorita.

Dedicó una última ojeada á su falda, y á su cara ; rectificó su peinado, un tanto movido por el sombrero, y, de nuevo preocupada, se dirigió hacia el estudio.

III

Desde hacía unos minutos, Pedro Hountacque esperaba en él á su prometida.

Si, como lo ha tan ingeniosamente sostenido un célebre pesimista alemán, el amor, entre dos seres, no es sino la imperiosa sugestión del genio de la especie que trabaja en procrear el mejor producto humano posible, fácil es explicarse el atractivo que, desde el primer encuentro, había dedicado uno á otro á Pedro y á Teresa. Unidos, formarían por excelencia lo que la admiración popular llama « una hermosa pareja ». La estatura de Pedro era sensiblemente superior á la de Teresa, rara, sin embargo, para una parisiense. Pero su estatura y su porte no tenían nada de la gracia alargada de Teresa. Aun en época de su adolescencia, jamás debió de poseer esa particular esbeltez notada por Tourgueneff en los jóvenes antes de los veinte años. La robustez, con un no sé

qué de lento, casi de adormilado, mientras una discusión ó una acción no lo suscitaba, el aspecto de una fuerza en reposo, voluntariamente alojada, caracterizaban al dueño de Roquesón. Las facciones de la cara respiraban la nobleza, aunque algo pastosas, una distinción serena, notable sobre todo en los labios carnosos, en la barbilla poderosa, en el corte cuadrado de la frente, en el firme dibujo de la nariz. Los ojos, de un pardo claro, eran bellísimos; pero, las más de las veces, los párpados casi cerrados disimulaban su brillo: evocaban la comparación con el sopor habitual en las fieras más poderosas y más temibles. El pelo, algo raro ya en los ángulos de la frente, era de una brillante substancia de color castaño oscuro, sin una cana. Un bigote ligero, mucho más ligero de lo que podía preverse en un hombre de treinta y seis años, rejuvenecía la parte baja de la cara.

Pedro estaba vestido con esa amplia elegancia, privilegio de los hombres de noble especie cuando han visto muchos pueblos y países, y que, por eso, es natural en los ingleses. Vestido para casarse dentro de una hora, nada en su traje denotaba lo nuevo, lo aparatoso, la ceremonia. Ni el pantalón rayado de negro y de azul, ni la levita negra invisiblemente salpicada de puntos blancos, ni el chaleco de tafetán gris pekinado, ni la corbata de un azul oscuro liso, tenían ese aspecto demasiado nuevo, ni ese amaneramiento que denuncian al exótico y al afeminado. Todo aquello era flexible, natural, tan distante del grabado de modas como del estilo invariable al que se limitaba Dan

tremont. Su mano izquierda, mientras, en pie junto á la ventana, esperaba él á Teresa, se apoyaba, enguantada, sobre una consola; su mano derecha, desnuda, poderosa, pero blanca y sin vello cual mano de mujer, colgaba á lo largo de la levita. Así estaba, en inmovilidad casi absoluta, cuando entró Teresa. Entonces, sin que ningún sobresalto delatara emoción, se animó; se adelantó hacia su prometida. Las miradas de ambos, desde el primer choque, se habían como afianzado una en otra; ya estaban unidos por los ojos cuando se hallaron cara á cara. Teresa, algo pálida, le tendió en silencio la mano, que él besó. Pero, en la mirada que los había unido, Pedro adivinó un malestar en Teresa. Y, como ambos estaban en esa época del amor en que cada uno tiende á la fusión de los cuerpos y de los pensamientos, le dijo él en seguida, con voz en la que sólo ella pudiera percibir ansiedad:

— Teresa... ¿Tiene usted alguna pena? ¿Ha llorado usted? Contestó ella: «Sí,» con la cabeza, dedicándole además la sombra de una sonrisa para tranquilizarle, á pesar de todo, pues en el semblante de su prometido había asomado inquietud.

— Végase á ese rincón, Pedro. Tenemos que hablar.

Le condujo al estrecho jardín de invierno que abría en el fondo del estudio, como un verde asilo invadido por cantidad de flores blancas. Se sentó ella en un sofá que formaba ángulo é indicó á Pedro un asiento bajo, frente á ella, en plena luz. Ahora ponía él todo su empeño en sujetar sus movimientos, en inmovilizar

los músculos de su cara, en parecer tranquilo; pero Teresa, para quién cada rasgo, cada estremecimiento de aquel semblante se habían convertido en las más próximas realidades de la vida, medía su ansiedad. En seguida desdeñó las precauciones preparatorias, las habilidades femeninas. Sacó de su seno la carta que su padre le había dejado y la tendió á Pedro:

— Mi padre ha recibido esto... Y estamos de acuerdo, él y yo, para preguntarle á usted qué hemos de pensar de ese escrito.

Pedro leyó la carta.

Á medida que leía, su semblante se serenaba. Comprendió Teresa que reconquistaba el equilibrio, la firmeza. Como todos los hombres de acción, desafiaba al peligro, el contratiempo conocidos; únicamente la duda, el peligro vago, presentido, le angustiaban. Cuando terminó la lectura, devolvió la carta sin pronunciar una palabra. Su rostro ofrecía la acostumbrada expresión de fuerza adormilada que le valía tanta nobleza y autoridad. Esta vez, aquella calma, aquel dominio sobre sí mismo, irritaron un tanto á Teresa. Preguntó:

— ¿Conoce usted á esa señora de Luzeray?

— Conozco su apellido... y, sin duda, la habré visto cuando era niño. Hasta ignoraba que viviese aún.

— ¿Y... lo que dice en esa carta?...

— Dejando á un lado las injurias, contestó Pedro con tono igual, dice la verdad.

Apenas hubo pronunciado Pedro estas palabras,

sintió Teresa agudísimo malestar, pues, á pesar de la serena expresión de tal confesión, adivinaba cuán penoso le había sido á su futuro hablar de aquella manera. Conocía la sensibilidad profunda, violenta, de aquel ser con careta de frialdad, de quien, en aquel momento, se instituía ella juez. Lo sabía capaz de una resolución desesperaba si se veía preso entre su orgullo y su deseo, como ya una vez había ocurrido, antes de que se formalizara el noviazgo... Un rato antes, estando ella sola, pensaba : « Le diré : ¿ Por qué me ha engañado usted ? » Ahora, frente á frente con él, padecía como si fuera ella la que tuviera que hacer la penosa confesión.

Murmuró :

— Grande ha sido mi pena cuando me enseñó mi padre esta carta. No por lo que dice. Eso... después de todo... no me altera demasiado. Pero...

Se interrumpió, vacilante, luchando entre la necesidad de decir lo que tenía que decir y el horror de atormentar á Pedro. Terminó éste la frase interrumpida :

— ¿ Me reprocha usted el que haya sabido esto por otro que por mí ?

Teresa replicó :

— Ha carecido usted de confianza conmigo, Pedro.

— En mi lugar, ¿ habría usted dicho la verdad ? preguntó Pedro sin inmutarse.

— ¡ Sí ! ¡ Ah... prosiguió ella con arranque, nada de mí, de mi vida... quisiera yo que fuera ignorado de usted !... Busco en mi memoria cuantos rastros ha

dejado en ella mi pasado, para dárselos á usted, para que le sean á usted tan familiares como su propio pasado, para que posea usted lo más posible ese tiempo — que me parece ya perdido para mí — en que no me conocía usted. ¡ Y usted, Pedro !... ¡ No sólo no se confía usted á mí, sino que, al contestar á la pregunta positiva que le dirigí sobre el asunto mismo de esta carta, me ha mentido usted !

No pudo Pedro, al oír esta palabra, contener una crispación de su semblante. Replicó, en voz muy baja :

— Es usted severa.

Secó Teresa sus ojos, de donde exprimía lágrimas la emoción. Pedro repuso :

— Es usted severa. Acaso fuera equitativo el admitir que, sobre un punto tan delicado, puede uno... dudar de lo que es su deber... preguntarse si, para ser franco en absoluto, tiene uno derecho á revelar una cosa oculta, una cosa desaparecida, una cosa cuya publicación para nada sirve, y que, para el que la publica, hiere un pudor secreto, un recuerdo punzante...

Estas últimas palabras las pronunció casi en voz baja. Las personas que gesticulan mucho y que refieren aparatadamente sus dolores, apenas si consiguen conmovernos, aun cuando ellas mismas se conmueven; pero la emoción contenida de un ser fuerte y dueño de sí es contagiosa para quien la contempla. Teresa fué vencida en su sensibilidad. Su persuasión de que Pedro no debió haberle mentado, de que el matrimonio tal como ella lo entendía exigía absoluta

sinceridad recíproca, en nada quedó menguada. Pero su corazón cedió; ya no pudo seguir haciendo daño al hombre á quien ella amaba.

Y, al mismo tiempo, comprendió cuánto difería de ella aquel hombre. Tuvo la intuición del abismo moral que puede separar á dos seres tomados al azar por el amor para acercarlos, unirlos, y hacer de ellos esa molécula social llamada esposos.

— Lo que le reprocho á usted, dijo ella, es, justamente, que, teniendo un dolor moral, me lo haya usted ocultado, y ocultado á costa de una mentira. Esto es lo que me humilla y me apena. Esto me prueba que usted desconfía de mi ternura ó de mi fuerza. Usted pensó : « Cuando sea mi mujer, si llega á saber que le menté, la cosa no tendrá ya importancia... »

— No, protestó Pedro. No he dudado ni de su fuerza de usted ni de su corazón. Pensé : « Cuando estemos casados, habrá entre nosotros una comunión más estrecha. Confesarle eso me será menos doloroso... Y ella misma, cuando sea mi mujer, tendrá más indulgencia para la memoria de otra mujer que padeció mucho en vida y que, á pesar de todo, quedó, hasta el final, en el verdadero sentido de la palabra, una mujer honrada. »

Se levantó al decir esto y se volvió un poco, como por pudor de dejar ver su emoción. Teresa, sacudida hasta lo más íntimo de su ser, se levantó á su vez, apoyó una mano contra el hombro de su prometido y su cabeza sobre aquella mano.

— ¡ Pedro ! murmuró.

Lentamente, se desasíó de ella, con los ojos, no bajados hacia el suelo, sino inmóviles frente á él. Y, sin mirar á su novia, habló, con gran sobriedad de ademanes, dando uno ó dos pasos de cuando en cuando, apoyándose á veces en el ángulo de un mueble ó sobre el respaldo de un asiento. Teresa, respaldada contra la pared, le seguía con la mirada, sin interrumpirle :

— Sí, repuso Pedro... una mujer honrada... no quizá en el sentido que su padre de usted da á esa palabra, sino en el sentido profundo que significa la fidelidad absoluta al hombre amado... ¡ Si supiera usted qué vida le dió mi padre !... Aquí, en París, en la sociedad mundana, los maridos salvan siquiera las apariencias ; respetan una especie de convenio mundano ; — y, además... el objeto de traición es también una mujer de igual clase social, ó una actriz célebre, ó, cuando menos, una cortesana de fuste... ¡ Pero allá !... ¡ y en aquel tiempo ! Nuestro rincón de landas tenía entonces cincuenta años de retraso sobre las provincias civilizadas... no puede usted figurarse qué moralidad era la de nuestros hidalgos cuando se torcían. Durante años, mi madre ha tenido por rivales á mozas de labranza y á criadas... Y eso, en casa, visto y sabido de todos, ¡ delante de mí ! El escaso patrimonio salvado de la ruina de nuestras viñas se fundía para alimentar aquella degradación. He visto todo eso, yo ; era pequeñito, pero lo comprendí. Y todo el desprecio que me inspiró mi padre,

lo convertí en compasión, en adoración por mi madre.

Teresa murmuró :

— Le comprendo á usted, Pedro.

Ahora, hubiera ella deseado que no siguiera hablando su novio, que conservara para él el secreto que había ella deseado conocer. Pero continuó :

— Entonces, cuando, un día, me tomó mi madre sobre sus rodillas, y, acariciándome, con voz entrecortada, me dijo : « ¿Quieres que hagamos un viaje con el señor de Luzeray ? » principié á dar saltos de alegría ; besé su lindo rostro doloroso, y contesté : « En seguida... vámonos en seguida, y no volvamos nunca aquí, nunca... » El señor de Luzeray era un vecino joven, elegante, un bordelés que, desde hacía dos años, iba con frecuencia á nuestro país, por donde no asomaba, al principio, sino en la época de la caza.

Pedro interrumpió un momento su relato ; luego, alzando de nuevo la frente, y mirando esta vez cara á cara á Teresa, prosiguió :

— Y nos marchamos... Supe, más tarde, que mi padre consideró nuestra salida como una liberación. Para la crapulosa vida que hacía, la presencia de su mujer y de su hijo era una cortapisa. Nos marchamos. Tenía yo ocho años. Durante otros ocho años, fuí un muchacho cosmopolita, el chicuelo bien vestido que va con sus padres á los Palacio-hoteles, á Argelia, á Suiza, á Egipto, á Pera... Nos conocían con los nombres de : señor y señora de Luzeray y su hijo ».

No me enseñaron nada serio : misses hasta los trece años, y, después, nada... el tennis, la esgrima, la equitación. El señor de Luzeray se mostraba conmigo indiferente y generoso. Mi madre, dominada por él, no tenía más que una pesadilla, un deseo : que su amigo se casara con ella.

— ¿Por qué no se casaron ?

— Porque el señor de Luzeray era un hombre de principios, que no veía mal el robarle á otro hombre su mujer, pero que no consentía en divorciar... ¡ Ah qué egoísta, también aquél ! ¡ cuánto le ha amado mi madre !... Sobre todo cuando vió alterarse la salud de aquel adorado amante ! Murió de un cáncer en el píloro... Á medida que el mal empeoraba, el carácter del enfermo se agriaba. Yo, mientras tanto, crecía, comprendía. ¡ Oh ! no juzgaba las cosas como moralista : no tenía moral, nadie me la había inculcado. Pero adoraba á mi madre, y como, cada día más, me daba cuenta de que todo su pensamiento, todo su corazón se absorbían en el señor de Luzeray, me puse á detestar á este señor. Ya no tuvo ante él á un niño indiferente, del que se libraba uno con un juguete ó con un placer. Vió á un hombre celoso de él, físicamente celoso. Y sus propios celos le enervaron. Toda la ternura que mi madre daba á uno de nosotros, se convertía en padecimiento para el otro.

Pedro estuvo callado un momento. Hubiera deseado Teresa, en aquel instante, ir á él, encerrarlo en sus brazos, cerrarle la boca con besos. No se atrevió. Él continuó :

— Más tarde, he leído la historia de Jorge Sand y de Chopin, y los celos de Mauricio Sand entre ellos dos. Reconocí mi propia historia. La conmovedora escena que refiere Sand, cuando se vió obligada á escoger entre su amante y su hijo Mauricio, creo que ha ocurrido en todos los interiores parecidos al de la ilustre escritora, en los que la madre instala á su hijo. Entre el señor de Luzeray y yo ocurrió lo siguiente: que, en una discusión, en presencia de mi madre, me pegó. Tenía yo dieciséis años, pero estaba casi tan alto como ahora, y era notablemente vigoroso. Sin mi madre que se interpuso, mal parado quedara el otro. Salió de la habitación. Á solas con mi madre, le dije: — « Si él se queda aquí, ni una hora me quedo yo. Échalo fuera, te lo suplico. Seré tu defensor, y ganaré para ti y para mí. » Me hizo mil objeciones, trató de calmarme, y, mientras hablaba, comprendí que no cedería, porque, entre Luzeray y yo, optaba por Luzeray. Entonces, ya no dije más nada; pero aquella misma noche me embarcaba en un paquebote que salía para Buenos-Aires, dejando estas palabras á mi madre: « Puesto que ya no me quieres, me marchó... » Lo que sucedió después, ya lo sabe usted; de sobra se lo han contado. He sido profesor de esgrima en Rosario; luego, empleado de contratista de obras públicas; después, contratista por mi cuenta. He hecho fortuna... Nada de todo esto le he ocultado á usted... Si no le he referido la historia de mi madre y del señor de Luzeray, no me acuse demasiado, Teresa. Ese pasado no pesa sobre

nosotros, puesto que el señor de Luzeray falleció hace años, y que, desde hace años, también mi madre ha fallecido.

Estas últimas palabras le llegaron al corazón á Teresa. Se acercó á su prometido:

— Pedro, le dijo, lamento el haberle hecho á usted padecer. Mas, ¿no estamos unidos, como dicen los ingleses, para lo mejor y para lo peor?

— Sí, murmuró Pedro gravemente: *for better and worse.*

— Vale más, pues, para ambos, que la carta de la señora de Luzeray haya provocado esta explicación. Y, á fin de que nada obscuro quede entre nosotros, quiero dirigirle á usted todavía una pregunta y, en cambio, confiarle algo.

Hizo seña de que escuchaba.

— Sabe usted, verdad, de qué manera, por todos lados, desde que comenzamos á conocernos, han intentado hacer que desconfie de usted, que me arme contra usted... Han acudido á todos los medios.

— Sí, ya sé... cartas anónimas, delaciones, insinuaciones.

— He despreciado todo eso, he comprendido que la fortuna que usted ha realizado en tan poco tiempo ha suscitado envidias. Pero...

— Pero ¿qué?

— Pues que lo que me ha impresionado más ha sido cierto aire de reticencia en personas que le conocen á usted mucho y que no le tienen mala voluntad.

— ¿ Quiénes son ?

— Primeramente Hemery.

— Hemery no me perdona el que haya yo adquirido más riqueza y más importancia que él.

— Sea... esa misma razón me he dado á mí misma, y me basta. Pero hay una persona cuya actitud me espanta desde que está decidido nuestro matrimonio, ó, mejor dicho, desde el día en que supo nuestro primer encuentro.

— ¿ La señora Chretién ?

— Sí, Pedro... Pues la señora Chretién no ha pronunciado nunca una palabra en contra de usted. Al contrario, siempre dice que, desde la muerte de su marido, usted ha sido el bienhechor de su hijo y de ella misma. Sin embargo, noto que nuestro casamiento la trastorna. Hasta llegó á decirme, un día : « ¡ Oh, por qué le habré hablado yo á usted del castillo de Roquefón ! » Deseché desde luego la hipótesis de que, en tiempo en que ustedes se conocieron en Tunisia, fuera ella para usted algo más que una conocida. Le digo á usted que en seguida rechacé semejante idea, prosiguió ella en contestación á un gesto de Pedro. En primer lugar, me consta que es cabalmente honrada... Se nota esto en su manera de hablar de su marido, y en lo mucho que mimá á su hijo... Y, en segundo lugar, de haber habido algo entre esa mujer y usted, yo, que le amo á usted, ya lo habría notado por instinto.

Teresa guardó silencio un instante. Pedro meditaba. Sugirió :

— La señora Chretién va á dejarla á usted. Su papel en esta casa ha terminado, por causa mía.

— Me deja porque quiere. Lo mismo me habría dejado, de haberme casado con el señor Pontmagne, lo cual ciertamente sucediera, sin nuestro encuentro. No; tampoco esto explicaría su tristeza, esa especie de estado morboso en que la veo desde hace tres meses, y que trata ella de ocultarme. Hay otra causa... y quisiera, sobre ella, su parecer de usted.

— Hable.

— Durante estos siete últimos años, la señora Chretién ha desempeñado el cargo de ama de llaves distinguida, no de criada; su hijo estaba en un internado vecino : pasaba aquí sus horas de salida, hablando con nosotras dos. Susana es de su edad; yo le llevo tres ó cuatro años. Pasaba las vacaciones en compañía de su madre, en nuestra posesión de Prevaunes; más de una vez acompañó mis paseos por el parque, con su escopeta al hombro. Más tarde, me dió lecciones de dibujo y de modelado; usted sabe que es un artista de talento. Nunca, nunca, se permitió la menor indiscreción conmigo... sin embargo, yo creo que, por haberme visto con frecuencia, y tan familiarmente, acabó por sentir hacia mí algo vagamente tierno, una especie de culto pueril, muy intenso, pues tiene un corazón ardiente. Hace poco ha venido á traerme una preciosa joya cincelada por él mismo. Bajo sus cumplimientos he notado su mal humor : no quiere ni asistir á nuestro casamiento. Su madre, casi me ha confesado que está celoso de

usted, y que por eso se está poniendo neurasténico. Por todos estos motivos, no debemos extrañarnos de que, á pesar de los beneficios que de usted ha recibido, le tenga ella á usted un poco de rencor. ¿Qué dice usted de esto?

Pedro quedó silencioso algunos instantes, y, con expresivo ademán de cabeza, contestó:

— Majencio Chretién, no ignoraba que usted estaba destinada al matrimonio. De no casarse conmigo, se hubiera usted casado con el señor Pontmagne.

Teresa vaciló; luego, poniéndose colorada dijo:

— Majencio, como todos los que me rodean, sabía que mi casamiento con el señor Pontmagne era un casamiento de razón, arreglado por mi padre. Majencio no tenía celos de Pontmagne, á quien yo no quería. Los tiene de usted, porque sabe que...

No concluyó.

Sin una palabra, Pedro la cogió por las muñecas y la atrajo hacia él. Sus labios se juntaron hasta que dobló ella la cabeza, sobre aquel fuerte brazo que la sostenía... Incapaces de hablar, uno y otro, atravesaron lentamente el estudio y fueron á sentarse uno junto al otro, en dos butacas cerca de la mesa escritorio Luis XV. Allí permanecieron unos momentos, mirándose con toda la intensidad de su mirada.

Luego, Teresa, como para sustraerse á la dominación de aquella mirada, buscó entre los papeles esparcidos sobre la mesa, la modesta hoja de papel cuadriculado que ha poco había leído por segunda vez, la recorrió de nuevo, y preguntó:

— ¿Conoce usted á un tal señor Couderc?

Pedro sonrió:

— Lo bastante para no dudar de que le pide á usted dinero, si le escribe. Por cierto que bien podía haberse dirigido á mí mismo... Es un pobre diablo que comenzó bien su vida, un compañero de Chretién, justamente, á quien he conocido en Tunisia. Es el padrino y el tutor subrogado de su Majencio de usted.

— Sí, me dice todo eso. No he querido decirle nada á la señora Chretién... pues, en efecto, el padrino parece mendigar.

— Á eso de los treinta años, se casó en Túnez con una cantante de café concierto, que lo ha puesto en ridículo; se ha dado á la bebida, y ya ve usted de qué vive. Por lo demás, es un mendigo honrado, lo cual es raro. Deme usted su carta, y le enviaré lo que pide.

— Hé aquí su carta. Pero no le permito á usted que su limosna de usted sustituya á la mía... Le ruego á usted no me prive de ese placer.

— Bueno. Usted me dará lo que usted piense darle, y yo se lo mandaré en nombre de usted.

Melió la carta en su cartera, y quedó pensativo algunos momentos. Teresa comprendió que su pensamiento se desorientaba, volviendo á la conversación de hacía un instante, Pedro acabó por decir:

— La verdadera causa del malestar de la señora Chretién, desde nuestro noviazgo, no es la que usted cree.

— ¡ Ah! dijo Teresa extrañada. ¿ Y usted la conoce, esa verdadera causa ?

— Sí... También esto es una de esas cosas que me parecían no pertenecer á mí solo... de esas, cuando menos, que prefiriera yo no haberle dicho á usted hasta después de nuestro casamiento. En fin, hablaré... Henrique Chretién fué, en Tunisia... no mi amigo... sino una relación frecuente. Nuestra común pobreza nos había aproximado : por cierto que era muy orgulloso, y si su mujer guardó siempre respecto de mí la actitud, ó casi, en que usted la ve hoy, él me trataba de igual á igual. Sucedió lo que suele suceder entre jóvenes, sobre todo en las colonias : reñimos...

Involuntariamente, Teresa interrumpió :

— ¿ Hubo duelo ?

— Sí... á espada. ¡ Oh! no lo maté, tranquilícese : murió, trece meses después del duelo, de una neumonía doble. Además, nos habíamos reconciliado, y — usted lo sabe, puesto que su mujer se lo ha dicho — ayudé cuanto pude al matrimonio en tan difíciles momentos.

Teresa no pudo impedirle decir :

— ¡ Pero usted le hirió... y usted era casi un profesional !

— Á eso debió el no haber sido matado, pues se hirió él mismo, echándose sobre mi arma. No hace uno lo que quiere, sobre el terreno, con un furioso como él... ¡ Vaya, se le nublan á usted los ojos, va usted á llorar ! ¡ Cuánta razón tenía yo al ocultarle á

usted todo esto ! Si usted lo hubiera sabido dentro de un año, lejos de la señora Chretién, no se habría emocionado tanto.

Inclinó ella su cabeza sobre el hombro de Pedro, y en él se apoyó.

— No, dijo : prefiero que me lo haya usted dicho todo... ¡ Pobre mujer ! ¡ Comprendo cuán doloroso le habrá sido nuestro noviazgo ! Habrá que no perderla nunca de vista, ni á ella ni á su hijo, y hacerles mucho bien... ¡ Ah, exclamó enderezándose, cómo te amo ! ¿ Sabes en qué pienso, á pesar mío, en qué pensaba cuando me estabas hablando de ese duelo?... Pensaba en que corriste un peligro, y he detestado el hombre que te había provocado.

— ¡ Teresa !

Sus ojos se acariciaban, y toda la agitación, todo el malestar que les había causado aquella explicación, daban por resultado un violento deseo de estrecharse, de fundirse uno en otro, de darse uno á otro esa confianza física de los amantes, más fuerte que todo. Un bes los unió, tan ardiente, que Teresa tuvo que desasirse, trastornada, febril :

— Pedro, Pedro, por favor...

Huí... Él la alcanzó :

— ¿ No eres mi mujer ?

Tendió ella las manos hacia adelante, y lo paró dulcemente, poniéndoselas en los hombros.

— Sí... soy toda tuya. No obstante, no exijas ahora nada de mí... ¿ Qué son algunas horas de espera ?..

Pedro dejó caer sus brazos, que temblaban bajo la presión de las manos de Teresa.

— Tienes razón, dijo.

Estaban en pie uno delante del otro, retemblando; sus ojos no podían separarse. Una sombra pasó por los de Teresa, y sus hermosas manos bajaron suavemente á lo largo de los brazos de su novio.

— Escucha, le dijo. Vamos á ser unidos dentro de un rato... ¿Quieres que esta unión se efectúe para mí en plena paz de mi corazón?

— Sí.

— Pues bien : ¿ me has dicho cuanto tenías que decirme, verdad ?

— Todo, contestó Pedro.

La inmovilidad de su semblante, después de la intensa emoción de su mutuo abrazo, era tan absoluta, que Teresa se sintió angustiada. Insistió :

— ¿ No me ocultas ya nada ?

Pedro contestó :

— ¡ Nada !

SEGUNDA PARTE

I

Aaberg, 19 de agosto.

« Su carta de usted, mi querida Leona, me ha seguido en las etapas de nuestro viaje de bodas. El sobre merecería ser expuesto en un museo de correos; y, por todos los cambios de dirección que lo adornan, prueba la solicitud internacional de la administración. Holanda, Devonshire, País de Gales, Escocia, y, por último esta Noruega incomparable que dejaremos sólo por volver á Francia en el otoño : ese fué el itinerario seguido, detrás de nosotros, por las ocho páginas que me traen hasta aquí la ternura del corazón y el encanto de la inteligencia de usted. ¡ Pero qué bien escribe usted, amiga mía ! ¿ Cómo no